

# Históricas Digital

Miguel del Barco

*Historia natural y crónica de la antigua California  
Adiciones y correcciones a la noticia de Miguel Venegas*

Miguel León-Portilla (edición, prefacio, estudio preliminar, notas y apéndices)

Segunda edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas

1988

486 + [XX] p.

Ilustraciones, mapas

(Serie Historiadores y Cronistas de Indias 3)

ISBN 968-837-721-X

Formato: PDF

Publicado en línea: 29 de junio de 2018

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/141a/historia\\_natural.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/141a/historia_natural.html)



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

DR © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

## CAPÍTULO II

*Dificultades que retardaron la prosecución de la conquista. Viaje por tierra del padre Consag entre la gentilidad, hacia el norte, hacia el norte, por la parte que mira al Océano. Fúndase la misión de Santa Gertrudis, y explícate la necesidad de tener ganados ésta y las demás misiones. Nuevo viaje del padre Consag hacia el norte, entre la sierra principal y el Golfo.*

Las rebeliones del sur, la destrucción total de aquellas misiones, la muerte violenta de sus misioneros y la natural de otros en la misma península, impidieron la fundación de nuevas fundaciones en el norte por algunos años.<sup>62</sup> Sosegado ya el sur, se retardó la misma fundación por la falta que se padecía de padres misioneros y aun de soldados para su escolta. El padre Fernando Consag<sup>63</sup> estuvo muchos años nombrado misionero de la que se intentaba fundar más adelante de San Ignacio con el título de Nuestra Señora de los Dolores del Norte, de cuyas gentes tenía ya algunos centenares bautizados el año de 1744. Mas por varias dificultades que intervinieron,

<sup>62</sup> En varias ocasiones ha apuntado ya Barco esta misma idea: la de que, si bien en el sur de la península era poco relativamente lo que se había logrado, cabía esperar, entre los indígenas del norte de California, frutos mucho mejores.

<sup>63</sup> Fernando Consag (o Konscak) nació en Varazdin, Croacia, en 1703. Tras haber entrado en la orden jesuítica en 1719, viajó a México en 1730. Su entrada a California data de 1732. Su asignación fue San Ignacio Cadakaamán, desde donde comenzó la evangelización de otros grupos cochimíes más septentrionales con los que más tarde habría de fundarse la cebecera de Nuestra Señora de los Dolores del Norte. Consag se destacó como explorador verdaderamente extraordinario en las regiones norteñas de la península. Así, en 1746, recorrió buena parte de las costas de California hasta llegar a la boca del río Colorado. En 1751, acompañado por el capitán Rivera y Moncada, volvió a salir, cruzando la sierra de San Pedro Mártir, y bajó hacia el Pacífico, recogiendo también valiosa información geográfica. Finalmente en 1753, volvió por el rumbo de las costas septentrionales del Golfo en busca de sitios adecuados para fundar nuevas misiones. A Consag se deben varios informes y sobre todo muy estimables aportaciones a la cartografía californiana. Justamente en este capítulo habla Barco acerca de las dos últimas exploraciones de este misionero. Consag murió en San Ignacio, California, el 10 de septiembre de 1759.

En relación con la vida y los trabajos de Consag existen varias publicaciones: *Carta del Padre Provincial Francisco Zevallos, sobre la apostólica vida y virtudes del P. Fernando Consag, insigne misionero de la California, México, 1764.* M. D. Krmpotic, *Life and Works of the Reverend Ferdinand Konsack S. J., 1703-1759. An Early Missionary in California*, Boston, 1923.

*The Apostolic Life of Fernando Consag, Explorer of Lower California by Fran-*

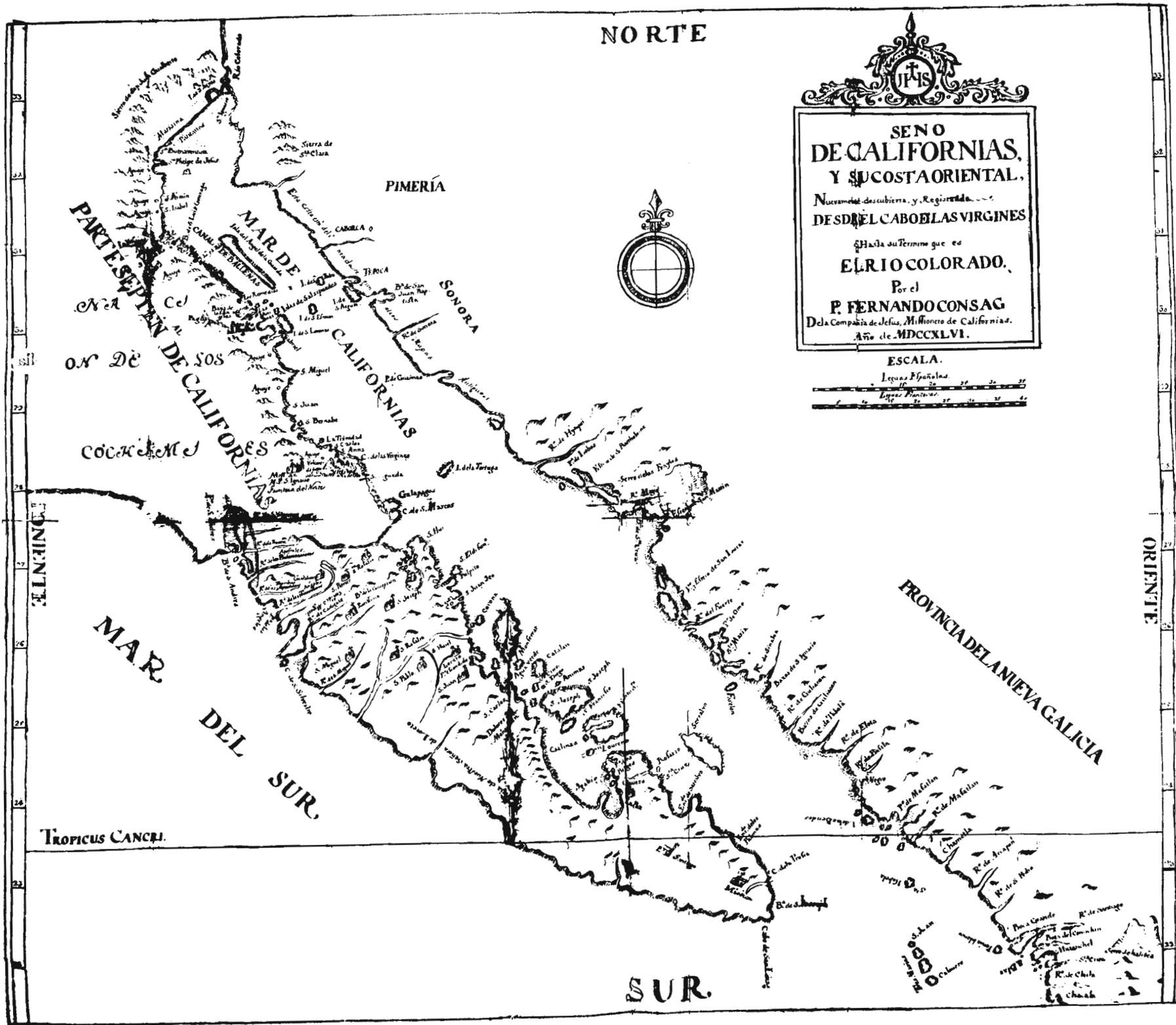
no se pudo establecer cabecera en sitio separado hasta el año de 1752, y por eso se administraba su gente, juntamente con la de San Ignacio, en esta cabecera, por los dos padres Sistiaga y Consag. Al tiempo de partirse para México el padre Sebastián Sistiaga el año de 1747, como visitador, que en aquel tiempo era de la California, nombró al ya citado padre Consag por sucesor suyo en la misión de San Ignacio y su misionero en propiedad; y que con la nueva, que se intentaba fundar, corriese interino hasta que viniese otro padre que la estableciese. Deseaba el padre Consag ser él mismo efectivamente el que la fundase en el sitio, que ya en aquel tiempo tenían señalado, casi treinta leguas al norte de San Ignacio; mas fue necesario rendirse a la obediencia, que le mandaba quedarse en San Ignacio. La cual misión es cierto que necesitaba un sujeto de las prendas, y actividad de este jesuita; porque como tenía siembras de maíz y trigo, si éstas se cuidaban bien, demás de abastecer su misión, podía desde fomentar y socorrer la que de nuevo se fundase; la que se suponía por aquel tiempo no tendría siembra alguna ni podría proveerse de otra parte que de San Ignacio. De esta suerte corrió solo con las dos misiones desde el año de 1747 hasta el de 1751, en que llegó a la California el padre Jorge Retz,<sup>64</sup> señalado de sus superiores para que, estando en compañía del padre Consag en San Ignacio, aprendiese así la lengua del país, como a practicar el oficio de misionero en beneficio espiritual y aun temporal de aquellos neófitos, y después pasase a fundar separadamente la misión tantos años antes intentada. El paraje elegido para su cabecera apenas tenía más agua que para beber; mas por no haber hallado otro mejor en aquellos contornos, en muchas leguas de distancia, fue necesario determinarse a fijar allí la misión, no obstante el caer tan lejos de San Ignacio, como ya se dijo.

Pero antes que se pusiese en ejecución, determinó el padre Consag, con la aprobación de sus superiores, hacer una entrada hacia el norte entre la gentilidad lo más lejos que le fuese posible, para reconocer la gente y la tierra, y ver qué parajes ofrecía ésta a propósito para fundar misiones en adelante; porque de esta suerte se procedería con más conocimiento y se podrían tomar mejor las medidas para establecerlas. Para mayor acierto de su viaje llevó en su compañía, no sólo la escolta necesaria de algunos

*cisco Zevallos*, edited by Manuel P. Servin, Dawson's Book Shop, Los Angeles, 1968.

Ernest J. Burrus S. J., *La obra cartográfica de la provincia mexicana de la Compañía de Jesús (1567-1967)*, 2 v., Madrid, Ediciones José Porrúa Turanzas, 1957, t. I, p. 63-68.

<sup>64</sup> El padre Jorge Retz nació en Düsseldorf, Alemania, en 1717. Después de haber ingresado en la Compañía de Jesús, fue maestro de humanidades en varios importantes colegios de Austria y Alemania. Llegado a México en 1750, comenzó a trabajar en California desde el año siguiente. A él correspondió el establecimiento de la misión norteña de Santa Gertrudis. Después de dieciséis años de labores, fue uno de los jesuitas expulsos. Trasladado a Trier, en su patria, murió allí el 8 de abril de 1773.



Mapa de la expedición de Consag, 1746



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

soldados, sino también más de cien indios cristianos, parte de San Ignacio, y parte de los confinantes con la gentilidad, así para tener gente con que componer con brevedad los malos pasos que se ofreciesen para pasar las bestias de carga y silla, como principalmente para que, si encontrasen indios bravos, que quisiesen hacer armas contra ellos, viendo tanta gente junta y armada, no se atreviesen a aguardarlos; y de esta suerte se evitasen las heridas y muertes que hubieren de suceder si fueran pocos.<sup>65</sup> Porque nuestros indios y los soldados se habían de defender, y era muy regular que matasen a algunos de los gentiles; de lo cual resultaría grande aborrecimiento de ellos para con los cristianos, que sería grande estorbo para que después quisiesen ellos bautizarse. Para tanta gente fue necesario llevar mucho bastimento y recua numerosa que lo cargase.

Salieron pues, de San Ignacio en mayo de 1751<sup>66</sup> y, caminando cinco o seis días, llegaron al sitio destinado para la nueva misión. Había algunos años antes estado allí el padre Consag, y visto que el agua, aunque poca, corría algo por el arroyo; mas ahora halló, con desconsuelo suyo, que nada corría y sólo había agua en una poza o charco que formaba el escaso manantial. Dijéronle los naturales de aquella tierra que los años pasados con una grande lluvia vino el arroyo muy crecido, y esta creciente cegó casi todo el aguaje, y por eso quedaba solamente el agua de la poza; pero que ésta era permanente todo el año, aun en el tiempo de la mayor sequedad. Poco tuvo el padre que extrañar esto por ser cosa que sucede no pocas veces en la California. De aquí prosiguieron su viaje que hacían por el lado de la sierra que mira a la contracosta. Porque se ha observado que los mejores aguajes en la California (exceptuando la parte del sur), se hallan, por lo común, hacia esta parte. Caminábase despacio y a jornadas cortas; por no haber camino, ser la tierra desigual y pedregosa, y ofrecerse con frecuencia bajadas y subidas que, si no era componiéndolas, no podían pasar las bestias. Para esto acudían los indios de la comitiva, y con la dirección de algún soldado, derribando piedras en algunas partes y terraplenando en otras, lo dejaban de algún modo trajinable. Los primeros días que caminaron entre gentiles hallaron una gente apacible, que los recibía con gusto, los cuales sabiendo que iba allí un padre, luego iban a saludarle. Porque, como tenían comunicación con los cristianos o por lo menos

<sup>65</sup> Era este modo de proceder una táctica empleada con frecuencia por los jesuitas, según lo refiere Barco en varios lugares de su obra.

<sup>66</sup> Debe notarse aquí expresamente que Barco no ha hablado de la muy importante primera exploración emprendida por Consag en 1746. La razón probable de esta omisión fue, según parece, el hecho de que en la *Noticia de la California*, t. III, Apéndice III, se había publicado ya el "Derrotero del viaje que, en descubrimiento de la costa oriental de California hasta el río Colorado, en donde se acaba su estrecho, hizo el padre Fernando Consag..."

El propio Barco dejó entre sus papeles una versión corregida de dicho *Derrotero*, la cual, según sus indicaciones, debía sustituir a la que se había publicado ya en la *Noticia de la California*.

noticia de lo que pasaba entre ellos, del mucho bien que el padre los hacía y amor que los tenía, habían cobrado una grande estimación del padre, y afecto a los cristianos, y, para serlo ellos, no aguardaban sino a tener cerca de su tierra padre que los doctrinase y cuidase. Pasando algunas jornadas adelante, avisaron los gentiles de aquella tierra, que sus vecinos por el lado del norte era una gente muy brava y valiente: que estaban muy enojados con los extranjeros por haber oído que iban hasta sus tierras; pero que, si entraban en ellas (decían), los habían de matar a todos. Pero no haciendo caso de estas amenazas, prosiguieron su viaje y, al entrar en la tierra de estos bravos, hallaron un ramo o brazo de pitahaya traspasado de flechas, para dar a entender con esto que lo mismo harían con los extranjeros, si se atrevían a pasar adelante.<sup>67</sup> Mas cuando estos valientes vieron tanta gente de a pie y de a caballo (cosa que nunca habían visto), todo su valor desamparando al corazón se les bajó a los pies. Echaron a huir y no se dejaron ver más.

Tuvieron noticia el padre y los de su comitiva que más adelante había un arroyo con mucha agua, mucha frescura y mucha comida que era tan abundante, que los que vivían en él o en sus inmediaciones eran felices y dichosos, por poseer un terreno tan fecundo. Tanto le alababan que los nuestros le pusieron el nombre de Paraíso de los californios; y deseaban llegar a ver un sitio tan ventajoso. Cuando llegaron a descubrirle, hallaron su bajada tan difícil que fue necesario rodear, y buscar otra menos agria que, en fin hallada, se pudo vencer y bajar al arroyo. Estaba muy lejos éste de merecer las alabanzas que los indios le daban. Su agua corriente era muy poca y en partes algo salobre. Había algún carrizo y tule o espadaña; en cuanto a fruta o comida de indios, sólo había abundancia de cierta especie de palmas pequeñas, que producen grandes racimos de dátiles gruesos, y diversos de los dátiles conocidos en España. Mas, aunque su calidad es notablemente inferior a éstos, no obstante los indios los estiman mucho y hacen su cosecha de ellos, con que se mantienen alguna temporada. La gente que aquí hallaron era mansa: llegaron a saludar al padre, y luego se retiraron al sitio donde estaban rancheados, que era un poco más arriba en el mismo arroyo. Pareció al padre y a su escolta sería bien descansar allí para alivio de la gente y de las bestias. Echaron éstas a pastar con la guardia necesaria. Los gentiles admirados de ver animales tan grandes, pidieron que los llevasen al pasto un poco más arriba, cerca de donde ellos estaban rancheados, porque toda su gente deseaba mirar despacio estas bestias gigantes. Mandó el cabo de escuadra que se les diese gusto, y llevasen las cabalgaduras cerca de la ranchería. Allí salieron todos, hombres y mujeres a recrearse con la vista de estos animales, admirando no sólo su magnitud, sino también su mansedumbre y su utilidad; pues servían a los españoles para cabalgar y para llevar cargas de mucho peso.

No pareció este famoso arroyo a propósito para fundar en él una misión

<sup>67</sup> Es éste un dato de contenido etnográfico y de particular interés.

que pudiese mantenerse con sus siembras. Solamente les pareció a los soldados que iban allí inteligentes, que podría servir para mantener alguna caballada, y mulas o algunas vacas, si se hallara a proporcionada distancia algún buen sitio para cabecera de la misión. Hállase este arroyo algo menos de los treinta grados de latitud. De aquí prosiguieron nuestros exploradores su viaje hacia el norte algunas jornadas, pasando más adelante de los dichos treinta grados. En estos territorios, por lo regular, luego que sus habitantes descubrían a los extranjeros o tenían noticia de que se acercaban, huían todos de miedo; y con dificultad podían hallar algunos que les diesen noticia de los aguajes. Por este tiempo comenzaron a enfermar algunos de la comitiva de a pie, y por eso, y porque ya las cabalgaduras iban fatigadas, determinaron regresar.

Hacia los 29 grados se comienza a ver un árbol de que no se halla semejante en toda la California cristiana, desde el Cabo de San Lucas hasta la dicha altura; ni aun sabemos que en toda la Nueva España, ni en otra parte del mundo se halle tal especie de árbol.<sup>68</sup> De los cuales hay grande abundancia en los territorios en que después se fundó la misión de San Borja. Y porque se ven muchos cerca unos de otros, y subir muy altos, derechos y sin rama alguna ni copa, les dieron nuestros caminantes el nombre de cirios. Los naturales del país le llaman *milapa*. De éstos queda hecha más extensa mención en la parte primera, capítulo v.<sup>69</sup> De vuelta de viaje, registraron uno u otro paraje que de ida no pudieron ver. Y habiendo gastado dos meses poco más o menos en este viaje, llegaron a San Ignacio con el desconsuelo de no haber hallado paraje alguno a

<sup>68</sup> Se refiere aquí Barco, como a continuación lo indica, a los célebres cirios, *idria columnaris*, de los que ya ha hablado ampliamente en la primera parte de su obra dedicada a la historia natural.

<sup>69</sup> A continuación aparece un párrafo testado al parecer por el propio Barco, en el que vuelve a describirse la naturaleza del cirio. Por juzgar de interés dicha descripción, optamos por conservarla en esta nota:

“Éste crece sin rama alguna y derecho como las palmas, pero éstas tienen en lo más alto una hermosa copa que forman las hojas largas propias de la especie, pero el árbol de que hablamos ni aun en lo más alto tiene copa alguna. Sólo tiene por todo su tronco hasta arriba unas varitas delgadas encorvadas hacia abajo, que tendrán uno o dos palmos de largo, mas, por razón de su curvatura, poco se apartan del tronco; y respecto de éste, más bien pueden llamarse barbas que ramas, las cuales están llenas de menudas hojas. En lo más alto echan estos árboles sus flores en ramilletes; mas no da fruto que pueda servir a la gente; ni de ellos se puede sacar utilidad alguna, ni madera para fabricar ni leña para el fuego; porque, aunque son altos como de sesenta a setenta pies, y gruesos a proporción, no se componen de otra cosa que de una carnaza o masa a quien mantiene una armazón de madera semejante a la del cardón, aunque más débil y delgada que la de éste último, no obstante de serlo ésta tanto, según queda dicho en las ediciones al tomo I. A estos árboles de que hablamos, por ser altos, derechos y sin ramas, pusieron el nombre de cirios nuestros caminantes; los cuales experimentaron que, si se hace fuego de aquella poca y ligerísima leña, que tienen, causa dolor de cabeza a los que se arriman a él. A los 30 grados de latitud hay grandísima abundancia de estos inútiles cirios”.

propósito para establecer una misión. Pero este mismo desengaño servía para que, perdida la esperanza de hallar mantenimiento en la misma California, para las misiones que más adelante se fundasen, se procurasen tomar nuevas medidas para adquirirlos de la otra parte del mar. El mejor aguaje y útil que hay en todo este territorio que anduvieron (y es en donde después de algunos años se fundó la misión de San Borja), no le pudieron descubrir por haber pasado o mas arriba o más abajo de él, y ser corto el trecho en que corre su agua, que no es mucha: ni tuvieron por entonces noticia de tal aguaje.<sup>70</sup>

Por este tiempo llegó a la California la noticia de haberse perdido la dotación<sup>71</sup> que por tantos años se creyó asegurada, de la nueva misión que se intentaba fundar en el norte con nombre de Nuestra Señora de los Dolores. Y a las dificultades que siempre habían estorbado a su establecimiento, se añadía ahora la de faltar la dotación. Mas habiendo poco después suprimídose la misión de San José del Cabo, y agregádose el corto pueblo que sólo de ella había quedado a la misión de Santiago, como de visita de ella, quedó aquella dotación desembarazada para poderse aplicar a la misión nueva del norte. Las cual traslación era puntualmente conforme a la mente de su fundador, el señor marqués de Villapiente, don José de la Puente y Peña,<sup>72</sup> quien en la escritura de su fundación, como si adivinara lo que había de suceder, y actualmente sucedía, dejó advertido que, en caso de que en algún tiempo no fuese necesaria esta dotación de la misión de San José del Cabo entre los pericúes en el sur, se trasladase al norte para fundar allí otra misión con el nombre de Santa Gertrudis Magna, según queda notado en otro lugar. Con efecto se trasladó esta dotación al norte; y de esta suerte la misión que, por tan dilatado tiempo estuvo detenida, llegó en fin a establecerse en el sitio llamado de los indios [...],<sup>73</sup> años antes destinado para ella, al norte de San Ignacio, en distancia de veintiocho a treinta leguas, no ya con el nombre de Nuestra Señora de los Dolores, como antès se había creído, sino con el Santa Gertrudis, por la razón que queda insinuada. Mientras el padre Jorge Retz acababa de habilitarse en la lengua en la misión de San Ignacio y compañía del padre Consag, despachó éste último algunos indios hechos ya al trabajo, para que en el sitio ya insinuado fabricasen capilla que sirviese de iglesia, hasta que con el tiempo se fabricase otra mejor; un apo-

<sup>70</sup> Concluye aquí Barco su relato acerca de la segunda exploración de Consag en el año de 1751.

<sup>71</sup> Se refiere a los recursos económicos que, como parte del Fondo Piadoso de la California, debían destinarse a la fundación de esta nueva cabecera misional.

<sup>72</sup> Don José de la Puente Peña y Castrejón, marqués de Villapiente, fue uno de los más grandes benefactores de las misiones californianas. Véase lo que acerca de él y de sus donaciones escribió Francisco Javier Alegre, *op. cit.*, t. iv, p. 386-388.

<sup>73</sup> No incluye Barco en su manuscrito el nombre indígena del lugar en que se estableció la misión de Santa Gertrudis.

sento para vivienda del padre misionero, otro para despensa, en que guardar el bastimento y otras cosas, y, en fin, otro para los soldados de escolta. Por director y maestro de estas fábricas fue enviado el célebre ciego Andrés Comanají, quien, habiendo sido de mucho alivio a los padres, primero en Santa Rosalía Mulegé, de donde era natural, y después en San Ignacio, principalmente en enseñar a los catecúmenos las oraciones y doctrina cristiana para que la tomasen de memoria, estaba ahora destinado a pasar con el padre Retz a Santa Gertrudis con el mismo oficio de catequista.<sup>74</sup>

Parecerá cosa bien extraña que un ciego fuese escogido para maestro de obras; mas a la verdad su capacidad, su tino y retentiva eran tales, que suplía en gran parte con el tacto lo que le faltaba de vista. Por otra parte las fábricas eran de tal calidad, que muy poco se necesita para ser maestro de ellas. Fabricanlas de esta suerte. Hincan en el suelo cuatro horcajones en cuadro, que serán las cuatro esquinas de la casa, si ésta ha de ser pequeña, o una sola pequeña pieza. De horcón a horcón ponen otros palos menos gruesos, que llaman latas,<sup>75</sup> y descansan sobre las horquetas de dichos horcones. Las latas delínean los cuatro lienzos de la casa, y de la altura de ellas será lo alto de las paredes. Para formar el caballete del techo con suficiente declive para el agua de las lluvias, ponen otros dos horcones, mucho más altos, en el medio de los dos lienzos opuestos de la casa, hincados también en el suelo cerca de tres palmos para su firmeza. De uno a otro de estos horcones más altos viene otra lata, la cual, así como las que se ponen sobre los horcones más bajos, se amarra fuertemente contra los mismos horcones con correas de cuero de toro o de vaca remojadas. De esta lata más alta a las más bajas ponen, de uno y otro lado, otros palos más delgados o latillas en distancia, de una a otra, de dos o tres palmos, y forman el declive del techo. Estas latillas se amarran también con correas de cuero contra las gruesas: y de esta suerte queda trabada y unida toda la armazón del edificio. Sobre estas mismas latillas atraviesan unos varejones fuertes o carrizos, a proporcionada distancia de unos a otros; y sobre todo esto va el *tule* o espadaña, que es mejor para techar que la paja de trigo.

En esta especie de edificios (que es la más humilde y pobre), las paredes se forman de esta suerte. A distancia de medio palmo del suelo amarran contra un horcón dos palos no gruesos; uno por un lado, y otro por el otro del mismo horcón, que queda en medio. Estos palos por el otro extremo se amarran contra el otro horcón del mismo lienzo, y a la misma distancia del suelo, de suerte que estos dos palos quedan desviados uno de otro lo que tienen de grueso los horcones. Como palmo y medio más arri-

<sup>74</sup> De sumo interés resulta que Barco haya conservado aquí el recuerdo del nombre y valiosa actuación de este indígena cochimí que, a pesar de su ceguera, colaborara con los misioneros como catequista y maestro de obras.

<sup>75</sup> *Lata*: tabla delgada sobre la cual se aseguran las tejas.

ba se ponen otros dos palos amarrados por sus extremos contra los dos horcones de la misma suerte que los primeros. Y así, de distancia en distancia, se ponen otros hasta llegar a la horqueta de los horcones. Hecho esto, se levantan las paredes con lodo y piedra menuda o no gruesa, puesta sin cuidado de asentarla, sino como cae, rellenando con estos materiales el hueco que hay entre los palos dichos, que van atravesados. Y como este hueco es sólo lo que tienen de grueso los horcones (que en la California serán muy gruesos si tienen ocho dedos de diámetro), este mismo grueso tienen las paredes, las cuales, por su debilidad y mala fábrica no pudieran sustentarse, si no fuera por los palos atravesados, entre los cuales se forma la pared, que la sirven de sustentáculo. Porque, aunque éstos no van continuados, sino de trecho en trecho, esto basta para que se mantenga también aquel corto espacio que hay de unos a otros.<sup>76</sup> Si la pieza que se fabrica ha de ser mayor, o más larga, se aumentan los horcones y las latas y todo lo demás al modo que queda dicho. En otras provincias de Nueva España, en que se usa este modo de edificar, como tienen mejores y más gruesas maderas, estos edificios, aunque siempre rústicos, salen mucho mejores y más durables que los que de esta calidad se fabrican en la California cristiana.

Concluidas estas rústicas obras, se mudó el padre Jorge Retz a esta cabecera de su misión de Santa Gertrudis en el estío del año de 1752 con la gente cristiana que ya tenía, que serían como seiscientas almas.<sup>77</sup> El padre Fernando Consag proveyó de bastimentos de maíz y trigo a la nueva misión y juntamente aplicó a la misma la recua que llevaba dichos víveres, para conducir otros, cuando los primeros se acabasen; de cuya provisión se encargó el mismo padre Consag desde San Ignacio. Otros padres enviaron de sus misiones, para el fomento de la nueva, ganado mayor y menor; para que, multiplicándose, hubiese lo necesario para el gasto preciso de la misión y su escolta. Así se ha practicado siempre en la California cuando se fundaba alguna nueva misión (después que las primeras, que se fundaron en aquella tierra, tenían aumentado aquel poco ganado que transportaron de la costa de Sinaloa), que luego concurrían voluntariamente los otros padres para fomentar la nueva fundación, enviando vacas, ovejas, cabras, mulas, caballos y yeguas. Cada uno según podía sin perjuicio de su misión: unos más, otros menos; unos de una especie de ganado, otros de otra y otros nada, porque nada podían enviar.

Acaso parecerá esto un exceso de abundancia a los que miran las cosas a bulto, y sin hacerse cargo de la diversidad de países, ni de la falta de todo que se experimenta en algunos, y especialmente en el de que trata-

<sup>76</sup> La pormenorizada descripción de estas edificaciones es otra muestra de lo que se ha dicho era la meticulosidad característica de Barco.

<sup>77</sup> Fue, en consecuencia, el padre Jorge Retz el primer misionero jesuita que se estableció definitivamente en un sitio dentro de lo que hoy es la mitad norte de la península y que corresponde al moderno Estado de Baja California.

mos.<sup>78</sup> ¿Para qué quieren los padres las vacas? dirán. ¿Para qué las ovejas? ¿Para qué los caballos, mulas y yeguas? Por eso será bien dar razón en este lugar de lo necesario que es el tener tales ganados y cría de ellos en aquellos retiros y desamparos en que están las misiones de indios californios; en donde nada de esto se hallaba, ni había quien lo llevase de otras provincias, sino los padres de cuya cuenta estaba aquella conquista. En cuanto al ganado, cuyas carnes sirven al sustento de los hombres, cualquiera conocerá su necesidad en la formación de aquellos pueblos, en donde es necesario que el padre misionero busque y provea de un todo a cuantos forman el pueblo. No sólo se gasta la carne en la manutención del padre, de su escolta y sirvientes, si tuviere alguno, sino que también participan de ella los indios, hijos de la misión; y especialmente los enfermos, a quienes siempre se les asiste con ella. En las principales fiestas se reparten entre todos los que componen la misión varios toros, que para este fin se matan, y se les dividen en trozos. Demás de esto, en algunas temporadas, a los que viven en la cabecera se les da carne de alimento diario, según hubiere ganado y comodidad de traerlo. Sirve también la carne para agasajar a los indios en varias ocasiones y circunstancias que los requieren; y para ellos es buen regalo la carne, y mayor si es salada y seca.

Los caballos sirven y son necesarios para cuidar el ganado mayor. En Nueva España todos cuantos tienen alguna noticia de ganado de esta calidad, saben que esto es así, mas en Europa puede extrañarse por no saber el modo que se observa en la cría de ganado vacuno en aquellos países; por eso no me parece que será inoportuno el declararlo así con brevedad. En el paraje que se destina para rancho de este ganado (que debe tener agua permanente, para que beba, y pastos), se ponen *verbi gratia*, trescientas vacas con algunos toros. Estas reses pastando se alejan mucho; y después que han talado el pasto cercano (que en pocos días se acaba), se alejan mucho más y hacia todas partes. Después que han procreado y se han aumentado, necesitan más territorio para vivir; de otra suerte presto morirán de flacas. En la California (en que, exceptuando el sur, hay pocos pastos, muchos cerros y laderas inútiles, llenas sólo de pedregales), es necesario que se extiendan a muchas leguas para alimentarse. Es menester recogerlas y juntarlas frecuentemente, para que se conserven, si no del todo mansas, por lo menos de suerte que de algún modo reconozcan las voces de los vaqueros, y se dejen conducir de ellos sin mucha dificultad a donde conviene. Estas recogidas no se pueden hacer sin caballos, y sin muchos caballos; porque a pie no se puede andar tanto y por días continuados. Y no sólo es menester andar, sino también correr frecuentemente; porque, al traerlas al paraje en donde se han de juntar, que llaman *rodeo*,<sup>79</sup> no

<sup>78</sup> Con claro propósito apologético, entra aquí Barco en una justificación de la necesidad que tenían los misioneros de contar con los recursos materiales necesarios para realizar sus tareas de evangelización.

<sup>79</sup> Resulta de interés lo que consigna aquí Barco acerca del término *rodeo*, que

falta alguna res que, apartándose de las otras, quiera con una carrera volverse a donde antes estaba, y luego la siguen otras. Es necesario entonces que los vaqueros, a fuerza de carrera, las alcancen y las hagan volver a incorporarse con las demás; porque si las dejaran, cada día se hicieran más rebeldes. Esto sucede frecuentemente en cada recogida, y por eso un caballo no aguanta el trabajo de un día y es menester que cada vaquero tome caballo de refresco dos o tres o cuatro veces al día; y los que hoy sirvieron es necesario que mañana descansen y los vaqueros tomen otros caballos. Si no se dan estas recogidas y rodeos, el ganado se alza, se pierde, y queda tan flaco y montaraz como los venados y leopardos. Y no siempre estas recogidas son tan cabales que no queden sin recogerse algunas reses que se han retirado más. Éstas prosiguen en alejarse más y después no se sabe de ellas. Allí se aumentan, y todo esto es ganado alzado,<sup>80</sup> de que sólo a costa de mucho trabajo de gente y de caballos se pueden matar algunas reses; pero acabar con ello es muy difícil. Y de esta calidad es buena parte del ganado de esta especie que quedaba en la California cuando salieron de allí los padres jesuitas. Por no ser ni más prolijo, no refiero otros trabajos acerca del mismo ganado, en que son necesarios los caballos.

La mulas se necesitan absolutamente para conducir bastimentos a las misiones que no los tienen, o de Loreto o de otra misión donde puedan conseguirlos. Y las misiones que tienen algunas siembras, si éstas están algo retiradas, con mulas de carga se acarrean las cosechas. Si a estas mismas misiones se pedía de Loreto, en algunas temporadas, maíz y trigo para el presidio, las mulas debían llevarlo. Cuando se hacen matanzas del ganado alzado (que suele ser a distancia de diez y de quince leguas de la misión), las mulas tienen mucho que trabajar; porque ellas cargan las reses desde el sitio, donde a fuerza de carrera las alcanzan y matan los vaqueros, hasta donde están rancheados, ya más cerca, ya lejos una o dos leguas. Allí se sala y beneficia la carne, y después de seca, la acarrean las mulas a la misión donde pertenece.<sup>81</sup> Allí, parte de esta carne, y aun la mayor, comían los indios; y parte de ella se admitía en Loreto para el abasto de soldados, marineros y sus familias, cuya provisión estaba a cargo de los padres, y su importe (pues no era razón para que se les diera de balde), parte se empleaba en ropa para los indios y parte en otros menesteres de la misión y su iglesia. Las mulas, pues, habían de transpor-

habría de conservarse entre los rancheros del norte de México y que pasó más tarde al inglés empleado en el suroeste de los Estados Unidos. Por otra parte, la descripción que hace de las actividades de los vaqueros californianos es testimonio igualmente apreciable.

<sup>80</sup> Alzado: es decir montaraz o que anda suelto por el campo.

<sup>81</sup> Hasta ahora en la Baja California, y en otros lugares del norte de México, sigue consumiéndose la carne secada a la intemperie y conocida con el nombre de machaca.

tar esta carne y cuanto se ofrecía de las misiones a Loreto, y de Loreto a las misiones.

Y puede decirse que, sin mulas o bestias de carga, no pudiera por mucho tiempo mantenerse formada una misión en la California sin padecer gravísimas necesidades. Pues si son necesarios los caballos y mulas, lo son igualmente las yeguas que los producen. De otra suerte no pudieran tener las misiones ni mulas ni caballos; porque allí ni hay en dónde, ni con qué comprar tantos animales de éstos como eran necesarios; pues de la otra parte del mar con dificultad podían transportarse cuantos necesitaban los soldados. Y como el modo que hay en aquellas tierras de criar estas especies de bestias es poner en el campo una manada de yeguas con su caballo o burro, sin más cuidar de ellas que ir de cuando en cuando a recoger y juntar las que se han alejado mucho, están siempre expuestas a varios contratiempos, especialmente de leones o leopardos, los que algunos años apenas dejan cría alguna que no maten. Y por eso es poco el producto que dan; y no menos por la falta de pastos, por lo cual mueren muchas yeguas de flacas, de suerte que el fruto que solían dar apenas bastaba a lo que en la misión se necesitaba de mulas y caballos.

Las ovejas y cabras sirven allí, o servían, para lo mismo que en Europa, con esta diferencia que la pobreza y desabrigo de aquellos indios hacía más necesaria allí la lana, de la cual en las más de las misiones se tejían frezadas y sayales para ellos mismos. Pues la ropa que se enviaba de México a cada misionero no podía alcanzar para que repartiese a todos, ni tenían otro modo de adquirirla sino concurriendo las ovejas con su lana para suplir esta falta y abrigar del mejor modo que se podía a aquellos pobres desnudos. De las pieles de cabra, o de sus castrados, no se hacían allí cordobanes, por no haber quien entendiese esta manufactura: por lo común servían para dar a las mujeres más pobres y viejas; para que, colgándolas de la cintura, las cubriesen por detrás, en lugar de cuero de venado, el que, aunque es mejor, no tenían quien se lo diese.<sup>82</sup> Este es en realidad el único destino que tenían dichos ganados, sin que el tenerlos fuese un exceso de abundancia sino antes bien un ocurrir a la pública necesidad, a costa de muchos cuidados, frecuentes desazones y continuas molestias que causaba a los padres el tener a su cargo éstas y otras cosas temporales. Volvamos ya a armar el hilo interrumpido de la historia.

Puesto ya el padre Retz en su misión de Santa Gertrudis, comenzaron a venir de las ranherías de gentiles cercanas a pedir que los intruyese y bautizase, porque querían ser cristianos. Sucedió aquí lo que comúnmente ha sucedido, cuando se han fundado nuevas misiones hacia el norte, después de las primeras; esto es que los nuevos cristianos y vecinos de los gentiles dan noticia a éstos de nuestra santa fe y de la necesidad de recibirla con el bautismo para salvarse, y librarse de la pena eterna del fuego

<sup>82</sup> El cambio en la indumentaria constituyó una de las consecuencias de los procesos de aculturación fomentados por los jesuitas entre los indígenas.

que siempre arde y nunca se acaba. Y con esto, y con el buen ejemplo de los mismos sus vecinos, y muchos más por la moción interior del Espíritu Santo, vienen suavemente atraídos a pretender el bautismo las rancharías, o pueblecillos enteros, al modo que queda referido en la fundación de la misión de San Ignacio. En aquellos primeros años siempre, o casi siempre, había en Santa Gertrudis gentiles catecúmenos en la instrucción necesaria para que entendiesen los misterios de nuestra santa fe, y tomasen de memoria las oraciones y doctrinas que todo cristiano debe saber. Ésta era la ocupación del ciego Andrés, repetir muchas veces cada día con los catecúmenos estas oraciones y doctrina. Y para que estuviesen aplicados a aprenderlas, les daba el padre de comer; pues de otra suerte, ocuparían el día en vagar por el monte, y sería cosa muy larga y difícil la instrucción, de que resultaría muchas veces que, cansados de aguardar el bautismo, se volverían muchos a sus tierras sin recibirle. Cuando el padre Retz los tenía ya bien instruidos, los administraba el santo bautismo, entregando antes (y solían hacerlo luego que llegaban a la cabecera para instruirse), todos los instrumentos y alhajuelas de los que llaman hechiceros, o más bien embusteros y engañadores de aquella sencilla gente: lo que se quemaba públicamente al modo que queda referido en otro lugar.

Acabado el bautismo, les daba el padre a cada uno, hombres y mujeres, una pequeña cruz, para que pendientes de un cordelillo las trajeran al pecho. Costumbre muchos años antes introducida por los padres en la California, que trajesen, como traían, su cruz al pecho todos los cristianos, como protestando que lo eran y se preciaban de serlo, y para que por esta insignia de cristiano se distinguiesen de los gentiles estos neófitos. Y como estaban siempre totalmente desnudos los gentiles, después de bautizarlos se les daba un pedazo de sayal, o cosa equivalente, para lo más necesario a la decencia, o menor indecencia. Entiéndase esto dicho de solos los hombres; porque las mujeres algún tanto se cubrían; y rara vez se halló mujer que no tuviese algún ligero reparo de la honestidad. Mas, para que tuviesen entendido que el hacerse cristianos había de ser únicamente por el bien de sus almas y su eterna salvación, y no por interés temporal alguno, ni grande ni pequeño, les mandaba el padre quedarse unos días en la cabecera para trabajar algo, y pagar de esta suerte la ropilla recibida, acostumbrándose al mismo tiempo a acudir con los demás cristianos que estaban en la misión o cabecera, a la iglesia diariamente, para oír misa y rezar a las horas acostumbradas. En fin enseñados éstos en el modo de vivir cristianamente, y señaládoles por su capitán o justicia a uno de ellos, parecía más a propósito, se enviaban a su tierra, diciéndoles el padre el día en que debían volver para oír misa, plática y doctrina.<sup>83</sup>

<sup>83</sup> Es esta nueva alusión al procedimiento adoptado por los misioneros que inevitablemente tenían que permitir que los indígenas volvieran a sus lugares de origen y a su vida de recolección por no poder retenerlos en la cabecera de la misión en la que los bastimentos eran sumamente limitados.

Cuando éstos salían, ya estaba allí, o llegaba presto, otra tropa de gentiles para el mismo fin de instruirse y bautizarse, y con ésta, y con las demás, que sucesivamente iban legando, se hacía lo mismo que acabamos de referir. Estas tropas de gentiles eran ya de treinta personas, ya de cincuenta, ya de setenta, ya de más, ya de menos.<sup>84</sup> De esta suerte en pocos años quedaron cristianos bien reducidos y dóciles casi todos los gentiles que había (no sólo en las cercanías de Santa Gertrudis, sino también en veinticinco y aun en treinta leguas al norte: llegando a tener el padre Retz como mil y cuatrocientas almas a su cargo.

Dejamos arriba dicho que el paraje, en que se estableció esta misión, aunque antiguamente tuvo agua corriente, pero muy escasa, y que de poco podía servir; después se escaseó tanto, que nada corría y solamente había agua para beber en una poza del arroyo, la cual nunca se secaba. De esta suerte permaneció aquel aguaje algunos años. Y cuando se mudó a él con su gente el padre Retz, se suponía que nada podría allí sembrar. Por ser el sitio, aunque estéril, el que pareció mejor, o menos malo, que hay desde San Ignacio por más de cuarenta leguas o treinta al norte. Mas, apenas habían pasado dos meses, cuando por cierta casualidad hallaron, poco más arriba de la misión en el mismo arroyo, al pie de un cerro que desde allí se levantaba, un pequeño pocito que, aunque con poca agua, se conoció que era manantial. Comenzaron a escarbar en su orilla, haciendo camino al agua, y comenzó luego a correr, y al paso que hacían mayor la zanjita, se aumentaba el agua que corría por ella. En fin reconocieron que era suficiente para poderla llevar hasta más abajo de la misión y regar allí un corto pedazo de tierra, que podía sembrarse de trigo o de maíz. Y, aunque el trecho por donde debía correr el agua es más que un cuarto de legua, fue necesario conducirla tan lejos por no haber más cerca tierra útil que poder regar.<sup>85</sup> Y por esto se abrió a fuerza de barras la zanja en piedra viva con gran dificultad. Dispuesta la tierra, se sembró un poco de trigo; y de esta suerte, desde el primer año de fundada allí la misión, comenzó a fructificar, siquiera por modo de una ayuda de costa. En los años siguientes, perfeccionándose la zanja, hubo más agua; se limpió y cultivó más tierra, y cogió de allí el padre Retz tanto bastimento de trigo y de maíz, que comúnmente tenía lo bastante para mantener bien su misión, sin tener necesidad de traer granos de otra parte. Mas para esto era necesario, fuera de la prudente economía, sembrar dos veces al año el mismo pedazo de tierra; porque no había otra

<sup>84</sup> Es éste un dato etnográfico de suma importancia. A través de él puede percibirse cuál era el número de individuos que integraban entre los cochimíes las que Barco llama aquí “tropas de gentiles”, es decir, las rancherías o agrupamientos de familias emparentadas entre sí. Acerca del concepto de “ranchería”, como se empleaba en la Baja California, véase: Homer Aschmann, *op. cit.*, p. 122-125.

<sup>85</sup> En lo que aquí consigna Barco se percibe, una vez más, el permanente problema de encontrar agua y cerca de ella tierras aprovechables para la labranza.

en que se alternasen las siembras. Lo que se hacía de esta suerte: sembrando el trigo en octubre, se recogía la cosecha en todo mayo; luego, quemado el rastrojo, se echaba estiércol, y se araba la tierra, y regándola primero, se sembraba de maíz, que requiere tiempo de calor, cuyo fruto se alzaba hacia últimos de septiembre; de suerte que habiendo tiempo para que, beneficiada de nuevo la tierra, se volviese a sembrar de trigo.

Parte del suelo, que aquí se sembraba, fue necesario hacerle de nuevo<sup>86</sup> (al modo que antes se había practicado en la misión de San Ignacio), lo que se ejecutaba así: había algún pedazo de terreno, en que habiendo entrado parte del arroyo en alguna extraordinaria avenida, o creciente, había llevado la tierra, y dejado en su lugar todo aquello lleno de piedras y arena. Si el agua alcanzaba a regar este terreno, a falta de otro mejor, se componía, echando más piedras, cascajo y arena, que había más a mano, para rellenar las desigualdades, y, ya emparejado de algún modo este suelo, se echaba sobre él tierra traída de otra parte en la cantidad necesaria para que pudiera cultivarse y fructificar. Y poniendo suficiente defensa para que la creciente del arroyo no volviese a inundar aquel sitio, se acrecentó de este modo algún tanto la siembra. De más de otros árboles frutales, plantó el padre Retz una viña, cuyas parras en poco tiempo crecieron admirablemente, de cuyo fruto se hacía muy buen vino. No alcanzara el agua a regar todo esto, si no se hubieran valido del socorro de un estanque, en donde se recogía el agua de noche, y, abriéndole por la mañana, se regaba mucho. Y aprovechando de esta suerte el agua del día y de la noche, alcanzaba para todo.

Asentada la misión de Santa Gertrudis, se dispuso el padre Consag a un nuevo viaje entre la gentilidad por el lado de la sierra que mira al Golfo, a ver si por esta parte hallaba algún paraje en que pudiera fundarse y mantenerse una misión. Con la entrada que el mismo padre hizo el año de 1751 al poniente de la sierra, entre ésta y el océano, quedó persuadido que por aquel lado no lo había, como arriba se dijo. Y con el viaje por mar, que había hecho el año de 1746, desde San Carlos (al oriente de San Ignacio), hasta el río Colorado, demarcando menudamente toda la costa del Golfo por la parte de la California, y saliendo a tierra frecuentemente, sabía bien que en la misma costa no se hallaba paraje alguno apto para el fin que se deseaba.<sup>87</sup> Restaba pues el buscarle retirado de la playa del dicho Golfo, entre ella y la sierra. Para este fin salió de su misión

<sup>86</sup> La expresión que usa aquí Barco de “hacer de nuevo” el suelo para sembrar, en modo alguno tiene un sentido metafórico. No pocas veces los jesuitas de California tuvieron que acarrear a lomo de mula grandes cantidades de tierra para depositarla precisamente en el sitio en el que, por haber agua, cabía pensar en alguna forma de reducida agricultura.

<sup>87</sup> Alude aquí el autor a la expedición de Consag en el año de 1746, cuyo *derrotero* —como ya se dijo—, había sido incluido a modo de apéndice en la *Noticia de la California*. A continuación pasa a ocuparse de la tercera expedición, o sea la realizada por el mismo Consag en 1753.

de San Ignacio en la primavera del año de 1753, acompañado del capitán de presidio don Fernando de Rivera y Moncada (que quiso en persona hacer el mismo viaje), y de la escolta suficiente de soldados que llevó consigo el mismo capitán desde Loreto. Asimismo llevaron una buena tropa de indios cristianos para los mismos fines que tuvieron en llevarlos a semejante viaje del año de 1751 y quedan allí expresados. Dirigieron su camino por el cabo ya insinuado, que fue penoso por la aspereza y desigualdad de la tierra, llena de pedregales, y sin camino ni senda que los guiase. Los indios de la comitiva componían los malos pasos, que no podían evitarse, para que pudiesen pasar las bestias de sillas y de carga, al modo que se dijo arriba al ya citado viaje. Después de muchos días de caminar (pues por tal tierra y sin camino abierto es necesario caminar poco cada día), salieron a la bahía de los Ángeles, paraje reconocido por el mismo padre Consag en su viaje del año 1746. Y la describe en su derrotero del mismo viaje, que se halla en el tercer tomo de esta obra. De allí prosiguieron su camino hacia el norte, sin hallar otra cosa que las dificultades en el caminar que ofreció el terreno; pero ningún paraje, que tuviese agua, sino sólo para beber.

Últimamente, llegaron a un arroyo de bastante carrizal y tular, y de un cantil, o paredón de piedra que cae al mismo arroyo y forma su caja, vieron que salía con impetu alguna porción de agua: llegaron a beber de ella mas hubieron de dejarla prontamente, porque hallaron que era agria. No se ha hallado semejante agua en la California.<sup>88</sup> Y aunque ella es inútil para usarla por bebida ordinaria, no se duda que la medicina sabe hacer de ella un uso muy provechoso en ciertas ocasiones y circunstancias; mas como en aquel ángulo del mundo no hay quien sepa esta científica arte, queda entretanto inútil este remedio. Hállase este arroyo a los 30 grados y 54 minutos de latitud. No pasaron más adelante porque las bestias así de silla como de carga golpeadas en pies y manos de tantos encuentros de piedras, que no podían evitar, se iban inutilizando. Desengañados, pues, nuestros caminantes de no hallarse, en tan dilatado espacio de terreno, paraje alguno en que fundar misión, que pudiera mantenerse en todo, ni aun en parte, de algún fruto que pudiera esperarse de aquella tierra, retrocedieron, sin haber sucedido otra cosa digna de referirse en todo el viaje sino que los gentiles, que en él descubrieron, en ninguna parte intentaron impedir el paso a nuestros viajeros ni se pusieron en armas para acometerlos; como hicieron los de la bahía de Los Ángeles con sus comarcanos el año de 1746. Lo más que hicieron aquellos, a quienes no había llegado la noticia de que un padre iba a sus tierras, fue que, al

<sup>88</sup> De sumo interés es lo que aquí se consigna. Se trata al parecer del más antiguo descubrimiento de un *géiser* en la porción norte de la península. Si el dato aportado por Barco de 30° y 54' de latitud norte es correcto, sería éste un testimonio de que la zona geotérmica modernamente explorada en el extremo noreste de la península tiene ramificaciones más meridionales.

descubrir tanta gente de a pie y de a caballo, asustados, se echaban a huir: pero, adelantándose los indios cristianos, les daban voces diciendo, que no huiesen, porque venían de paz y no para hacerles daño alguno, y para que lo creyesen, les avisaban que con ellos venían el padre que quería verlos y saludarlos. Oyendo esto, se detenían y aguardaban a que llegasen; porque, con la fundación de la misión de Santa Gertrudis, como más cercana a sus tierras, había corrido más entre los gentiles la fama de los padres.

Y aun este mismo nombre de *padre*, con que los cristianos llamaron a sus misioneros, se había extendido entre los gentiles comarcanos o no muy lejanos. Esta palabra introdujeron los misioneros entre los indios aun hablando en su idioma, viendo que la que comenzaron a usar para nombrarlos que es *Tamma-gua*, y quiere decir *hombre principal*, es de más vaga significación y menos a propósito. Llegado el padre al paraje, se acercaban los gentiles a saludarle, y él, hablándoles en su lengua los procuraba acariciar y quitarles el miedo, que no era menor que la admiración, causada de verse entre tanta gente vestida y armada; y parte de ella a caballo y blanca. Finalmente las bestias de carga y silla eran el complemento de su asombro. Exhortábalos el padre Consag a hacerse cristianos para conseguir su felicidad eterna, y para esto procuraba persuadirlos a que fuesen a Santa Gertrudis (especialmente los que no estaban demasiado lejos), en donde los enseñaría y bautizaría el padre que allí estaba de asiento. De vuelta de viaje, llegaron a Santa Gertrudis, en donde quiso el padre Consag visitar de camino al padre Retz para mutuo consuelo de ambos; y especialmente se le acrecentó al primero con ver el aumento grande en que iba aquella nueva cristiandad, y el celo y aplicación del segundo a su apostólico ministerio. Desde allí, por camino ya abierto, se restituyó el padre Consag, con su comitiva, a su misión de San Ignacio. Y el capitán con sus soldados, dejando aquí al padre, se encaminó a su presidio de Loreto.